



A. M. D. G. 1973

Con la mano en el corazón, el padre Arrupe ha reconocido públicamente cuanto por boca del sentimiento hemos venido lamentando los que estudiamos en colegios de los jesuitas. «No hemos educado a los hijos de los ricos para la justicia», ha venido a decir aproximadamente. O sea, que el padre Arrupe está de acuerdo conmigo, y con un compañero de curso que es ahora catedrático del Opus, y con otro que tiene tres amigas, y con otro que está de tecnócrata en el Ministerio

de Obras Públicas. El padre Arrupe y nosotros nos lamentamos que la biblioteca estuviera cerrada por la llave del tomazo de «Lecturas buenas y malas», que no hubiera más mandamiento que ese que dijimos, que la pureza fuera lo único importante en el mundo, que ser hijo de un marqués era más importante todavía, que los «gratuitos» entraran por otra puerta y llevaran otro uniforme, que para algo eran hijos de obreros y no de grandes de España. Lo que ha dicho el padre Arrupe es muy esperanzador. Puede pensarse que de aquí en adelante en los colegios de los jesuitas ya no haya más proclamaciones de dignidades, ni más príncipes que se irán luego al noviciado, ni más padres espirituales maníacamente obsesionados con

la pureza. Quizá las proclamaciones de dignidades se harán entre enlaces del Sindicato del Metal, y los príncipes del colegio se irán de guerrilleros a Bolivia, y los padres espirituales recomendarán insistentemente la lectura del «Trópico de Cáncer» y del «Trópico de Capricornio». Pero, por lo pronto, yo no pienso mandar a mi hijo a un colegio de los jesuitas, como mis padres hicieron conmigo. Dada la velocidad con que marcha el mundo, nadie puede pensar ahora de qué podrá arrepentirse el padre Arrupe de turno cuando hayan pasado otros veinte años y sea 1993.

EL SASTRE DE LA CAPA DE LUIS CANDELAS

